

6 LA EMPERATRIZ: SEÑORA, GRAN MADRE Y REINA DEL CIELO Y LA TIERRA

La generación es el misterio por el cual el espíritu se une a la materia, por el cual lo divino se convierte en humano.

Papus

A primera vista, la Emperatriz (fig. 22) se parece tanto a la Papisa como si fuese su hermana. Cada vez que las hermanas aparezcan en mitos, sueños y cuentos de hadas, representan a menudo dos aspectos diferentes de la misma familia o esencia, en este caso el principio femenino. Si tuviéramos que conocerlas por sus nombres solamente, pensaríamos que la Papisa representa la femineidad espiritual, mientras que a la Emperatriz le asignaríamos el gobierno sobre el reino mundano. Esto no es así, ya que el cetro de oro que la Emperatriz lleva en su mano sobrepasa la órbita de la realidad terrestre y se ve coronado por la cruz del espíritu. Esta capacidad de conectar el cielo con la tierra, el espíritu con la materia, es de hecho una de las características principales de la Emperatriz, y esto nos lo hace notar el par de alas de oro que confundimos con su trono. En algunas versiones del Tarot nos la presentan como una diosa alada. El águila de oro que tiene grabada en su escudo también nos muestra su conexión con el espíritu. El águila alcanza las alturas más elevadas y su morada está también en un lugar tan inaccesible como el monte Olimpo. En el mito de Eros y Psique era muy significativo que fuese un águila la que ayudara a Psique a tomar las aguas de la vida y contenerlas en una vasija. En la carta precedente, la atmósfera es estática, enraizada, con un énfasis en la protección y la comprensión. En esta carta, el águila nos sugiere movimiento en un eje vertical, lo que quiere decir liberación y transformación. Es como si la Papisa nos mostrara el espíritu dentro del vientre de la materia, mientras que en la Emperatriz el espíritu renace nuevamente de la carne y crea una nueva entidad que pertenece a las dos. El gesto con el que abraza al águila de oro nos indica su conexión con el espíritu casi como si estuviese viva, ya que este pájaro real representa obviamente una fuerza vital con la que se siente emocionalmente conectada. El hecho de que un águila real aparezca también en el escudo del Emperador (triunfo número cuatro) nos indica que es la divisa de las armas familiares o su talismán. Debido a esto, su imagen ejerce una influencia sutil pero poderosa sobre esta pareja real y sobre su imperio. Este ave se escoge a menudo para representar el principio femenino, quizá debido a que la hembra de esta especie es mayor que el macho. En alquimia encontramos que el águila se intercambia con el ave Fénix, ave que simboliza la espiritualización del instinto. El águila de la Emperatriz, ciertamente, parece ascender, mientras que en el reino de la Papisa (la Virgen) el espíritu descendía hacia la materia. Con la Emperatriz (la Madre) el espíritu se libera de la materia y asciende hacia el cielo, como el Hijo, el Redentor.

En este contexto, el pájaro de oro de la Emperatriz, que conecta el cielo con la tierra, tiene un significado muy especial para nosotros hoy en día ya que, como nos señalaba a menudo Jung, la Cristiandad en nuestra era ha perdido su cuerpo, su tierra y su emoción. Decía Jung: «debemos volver al cuerpo para recrear el espíritu y dar así una nueva realidad a la experiencia humana».

La Vierge Ouvrante, una estatuilla del siglo XV tallada en madera y policromada, es una de las representaciones pictóricas más elocuentes del espíritu contenido o creado en su cuerpo (figs. 23 y 24).

Erich Neumann nos la describe de la siguiente manera:

«Vista desde fuera, la Vierge Ouvrante no es más que una virgen con su niño; pero, al abrirla, nos revela su secreto herético: Dios Padre y Dios Hijo, que de costumbre son representados como dos señores celestiales, en un acto de pura gracia elevan a la humilde

madre-tierra para que more con ellos; estaban ya “contenidos en ella” y dan muestra de estar “contentos” del acogedor refugio que les ofrece su cuerpo.»¹

Por la forma en que la Emperatriz abraza al águila de oro podríamos deducir que los albigenses conocían este «secreto herético»; también por su forma de sostener el cetro, con la mano izquierda (lado inconsciente), nos parece indicar que la conexión con el Espíritu Santo es instintiva y procede del interior y no descende de arriba. Su Cetro no se mantiene erguido sino que descansa de modo casual sobre el brazo, mostrándonos que la Emperatriz se rige más por la intuición que por las leyes que hicieron los hombres. Su dominio es flexible, a veces incluso quijotesco, ya que su corazón tiene razones que son inalcanzables para la mente. Así como permite que el cetro se aleje de ella, ciñe y abraza el águila hacia sí. Parece evidente que el poder del amor es para ella más querido que el amor al poder. Si invertimos el símbolo del orbe y la cruz encontramos el signo astrológico de Venus. Nos parece muy apropiado que nos muestre este símbolo inclinado, indicándonos la dirección hacia Venus* puesto que el amor es la fuerza unificadora y regeneradora que conecta yin y yang, espíritu y carne, cielo y tierra, uniendo los opuestos en un abrazo creativo hasta que algo completamente nuevo, pero que incluya a los dos, pueda nacer.

Cada vez que en nuestra vida nos encontremos bloqueados en rígidas dicotomías podemos pedir ayuda a la Emperatriz. Una forma de hacerlo es iniciar con ella un diálogo, como lo hicimos con la Papisa.

Dado que la Papisa y la Emperatriz encarnan el principio femenino, presiden conjuntamente los cuatro misterios femeninos: la formación, la preservación, la alimentación y la transformación. Cada una de ellas enfatiza diferentes aspectos, como se puede ver al contrastar los retratos de esas dos hermanas.

Mientras que la Papisa mantiene los brazos en una postura cerrada, en ademán de proteger el secreto de su cuerpo, los brazos de la Emperatriz están más abiertos, indicándonos una naturaleza más extravertida. Su cabello no está recogido por ningún velo, cae libremente. Ha querido sacudirse de encima el yugo que llevaba como Papisa, pues quiere aparecer solamente como una mujer, incluso en vez de hábito de monja se ha vestido con un traje, un cin-turón y una túnica ricamente bordada. En vez de la tiara de forma oval, lleva una corona de oro que más parece un halo. Su forro interior es de color rojo carmesí, ya que es esencialmente la Emperatriz la que llena su corona, vacía de amor maternal, con realidades terrenas y cálido amor.

Estos conceptos quedan subrayados por el hecho de que no queda confinada entre las dos columnas de un templo sino que está sentada cómoda y espontáneamente al aire libre. En esta carta se concreta el poder creativo de la Papisa; ésta estaba conectada con la diosa Isis y la gestación, mientras que la Emperatriz lo está con Ceres y la vegetación. Una manera de contemplar a estas dos hermanas es como si se las considerara la misma entidad pero dibujada en etapas sucesivas del tiempo: la Papisa es la Sacerdotisa y Virgen; la Emperatriz es Madonna y Reina Madre.

La Papisa sirve al espíritu; la Emperatriz hace que el espíritu se cumpla. Con la Papisa, el espíritu (el Espíritu Santo) descende sobre la materia para encarnarse; con la Emperatriz, el espíritu, nacido en realidad como el Hijo del Hombre, sube al cielo de nuevo como el Hijo espiritual, el Redentor.

La Papisa es paciente y espera, pasiva. La Emperatriz es acción y cumplimiento.

La Papisa es regida por el amor; la Emperatriz gobierna por amor.

La Papisa guarda algo antiguo; la Emperatriz revela algo nuevo.

Abreviando, la Papisa sostiene el Libro de las Profecías y la Emperatriz cumple y lleva a término estas profecías. Ya no se necesitará el libro, pues el nuevo Rey ha nacido. Como

Gran Madre y Reina del Cielo, la Emperatriz es el nexo de unión entre la energía yang de fuego del Mago y el poder yin del agua de la Papisa. Podría decirse que la varita del Mago ha tocado la profundidad de la Papisa y de esta unión, y a través de la mediación de la Emperatriz, ha nacido algo nuevo: un mundo que incluye los dos aspectos. Numerológicamente, el número uno del Mago sumado al número dos de la Papisa, producen el tres, la Emperatriz, que une a los opuestos abrazándolos a ambos.

Hablando en términos generales, esta función del número tres se refleja en toda clase de trinitades: Padre, Hijo y Espíritu Santo; pasado, presente y futuro; padre, madre e hijo; Isis, Osiris y Ho-rus. En todos ellos, este tercer miembro actúa como factor equilibrador, combinando los «números-padres» de modo que surja una realidad completamente nueva.

Algo interesante al respecto es pensar que Pitágoras consideraba al tres como el primer número real. Decía que los dos primeros números eran solamente esencias, ya que no correspondían a ninguna figura geométrica y, por tanto, no tenían realidad física. El tres crea el triángulo, una superficie plana con un principio, una mitad y un fin, una realidad tangible que corresponde a la experiencia humana.

La verdad poética de esta declaración de Pitágoras puede verse reflejada bellamente en la ilustración de Blake Dios creando el Universo (fig. 11). Al mirar el compás que está usando el Creador, podemos observar que sus brazos se separan en un ángulo tal que se alejan cada vez más. Para que puedan funcionar bien juntos han de tener un punto de apoyo en algún lugar. Antes de poder crear el microcosmos a imagen y semejanza del macrocosmos, el Creador tiene que apoyar los dos brazos de su compás en la realidad. Al hacerlo así, habrá conectado los dos brazos de su compás con la base y habrá creado una figura de tres lados: el primer triángulo. Al mirar este triángulo nos damos cuenta de que la verdad que descubrió Pitágoras demuestra que, con el advenimiento del triángulo, se concretó la Intención Divina y la esencia, que era nebulosa hasta entonces, se hizo manifiesta en términos de experiencia humana.

A mí me gusta colocar a la Emperatriz como la base de este triángulo, pues a través de ella lo efímero llega por primera vez al reino de la experiencia humana. Nos conecta de manera dramática con esta realidad externa y lo hace de una manera que nos es a todos conocida. Todos, al ser tocados con la vara del Mago, sentimos agitarse las aguas de la creatividad. Todos conocemos los períodos oscuros de amplia gestación que siguen a ello cuando nos encontramos sumergidos en el mundo lunar y acuático de la Papisa. Después, con suerte, amanece un día nuevo, un momento dorado en el que estas ideas que hemos tenido en la oscuridad empiezan a tomar cuerpo en la realidad. De repente, el lienzo que hasta entonces estaba blanco se llena de color y el trocito de tiza que teníamos entre las manos empieza por sí solo a dibujar; quizá también es el momento en que el papel que estaba en nuestra máquina de escribir se llena de palabras. Puede suceder también que los dos polos del problema que nos desvelaba durante semanas y que parecían irreconciliables, se conecten mágicamente ofreciéndonos una solución completamente nueva y éstas son algunas de las formas en que la Emperatriz trabaja para nosotros en relación con nuestra creatividad. Por supuesto, su imperio, que es como la vegetación en la naturaleza, podría ser arado a troche y moche; la realidad que ella produce no es el producto acabado. Para eso, como veremos en seguida, necesitaremos la organización y el discernimiento del Emperador. Una de las funciones principales de la Emperatriz es conectar las energías primarias del yin y el yang y darles cuerpo en el mundo de la experiencia de los sentidos.

Hasta hace muy poco tiempo la ciencia estuvo adoptando una visión pitagórica del universo, igualando las experiencias externas con las realidades científicas y describiendo

como «meras esencias» las formas que aparecían en este misterioso mundo interior que es la psique humana. Con el advenimiento del principio de incertidumbre de Heisenberg y la física de Einstein ha quedado bien patente que el hombre no puede sentir ni medir la realidad externa con total precisión puesto que, por el solo hecho de ver este fenómeno como externo, el hombre lo distorsiona. Es más, parece ser que, debido a la naturaleza misma de la luz y a las limitaciones del aparato sensorial, no hay ningún instrumento que pueda restablecer la realidad externa como piedra de toque de la verdad última. Dado que esto es irrevocable, no nos queda más remedio que volvernos hacia nuestro mundo interior, a la psique humana en sí misma, en nuestra búsqueda de la verdad. La ecuación puramente matemática $E = MC^2$ ya no es una «mera esencia», sino que brilla como una verdad eterna, incorruptible como el oro.

La Emperatriz nos conecta con esta nueva dimensión del conocimiento puesto que, a través de su comprensión intuitiva más que por la lógica masculina, el espíritu salta hacia el espacio exterior para conectar con la percepción celestial. En el libro editado por Brewster Ghiselin², *El proceso creativo*, se documenta vivamente que la poesía de la física moderna no nació en el laboratorio estéril de un hombre, sino que surgió de manera espontánea del jardín de la imaginación de la Emperatriz. En este libro, muchos científicos, escritores, pintores y otras gentes creativas nos cuentan cómo las ideas originales les llegaron primero a través de imágenes o estados de ensoñación u otras manifestaciones irracionales que brotaron de forma espontánea del inconsciente.

Es, pues, la Emperatriz la que tiende el puente entre la inspiración creativa del Mundo Materno y la lógica y la reflexión del Mundo Paterno (es decir, del mundo del Emperador, donde las ideas e inspiraciones serán recortadas y sometidas a control). Ella es la que lleva la semilla de la que al fin saldrá el conocimiento trascendental, a través del cual el misticismo y la ciencia, el espíritu y la carne, lo de dentro y lo de fuera, podrán ser experimentados como un solo mundo.

Pero la Emperatriz tiene muchas facetas, todas ellas activas en la actualidad. Para mejor entender la influencia que ejerce en nuestra cultura hemos incluido aquí tres ilustraciones contemporáneas del arquetipo de la Emperatriz. La primera de ellas (fig. 25) representa a la Emperatriz según el Tarot de Waite, una baraja del siglo XX. En ella podemos ver a una joven matrona de cabellos de oro vestida con una túnica floreada, sentada en una carroza tapizada de terciopelo verde en un fresco jardín. A su lado fluye un riachuelo que riega el jardín. Sobre su cabeza vemos una corona de estrellas y en su báculo hay un orbe sin cruz. Apoyado en la carroza vemos un escudo que lleva el emblema de Venus. Al fondo de la escena vemos crecer un trigo ya maduro cuyo reflejo dorado encuentra eco en el cielo, que nos resulta dramático por lo extraño. La yuxtaposición de la carroza tan ricamente adornada con un jardín tan fresco y natural, y todo ello combinado con el cielo amarillo, dramático, parece recordarnos el escenario de algún teatro. Resulta apropiado en cierto modo, pues la Emperatriz suele presentárenos a menudo de forma espectacular. Todo lo que hay en su jardín nos habla de vida nueva y eso manifiesta por sí mismo un drama: tanto al nacer un nuevo brote como una mariposa o un niño, siempre actúa con dramatismo.

Tanto ella como su virginal hermana eran figuras centrales en la vida de los amoríos de corte, pero de dos maneras diferentes. La Virgen inspiraba a los caballeros arriesgados torneos o aventuras llenas de creatividad; los trovadores cantaban sus alabanzas y los artistas intentaban captar su esencia para pintarla o esculpir estatuas representándola. Su callada influencia llevó a Dante y a Petrarca a la inmortalidad. La Emperatriz actuó más abiertamente como la mujer inspiradora. Algunas veces se manifestaba como reina o emperatriz cuya corte era centro de artes creativas. La reina Isabel I de Inglaterra fue un

buen ejemplo de ello. Este tipo de J mujeres tiene una habilidad especial para atraer hacia sí gentes e ideas, pero lo hacen además de una forma dinámica y creativa. Las damas de los grandes salones eran mujeres de este tipo. Al parecer, en nuestra cultura actual les gusta actuar de idéntica forma. Un ejemplo actual de este tipo de mujer es Peggy Guggenheim, que actuó en los dos sentidos: primero como generosa mecenas de las artes y después como mujer auténticamente liberada, cuyo estilo independiente abrió brecha para otras mujeres que buscaban expresarse de una manera creativa. Aquí podemos ver a la Emperatriz Guggenheim sentada en su trono y rodeada por los servidores de su corte (fig. 26). Artista, alcaldesa, patrocinadora de las artes, esposa, madre, querida o psicóloga, motivó siempre a otros a la acción y a la autorrealización. La clave de su poder es la inspiración activa y el amor.

Como exponentes de la liberación de la mujer, los dos tipos de hermanas son activas, pero lo son de manera muy diferente. El tipo de la Virgen, dando ejemplo; el tipo de la Emperatriz, a través de la actividad pública. En la categoría de la Virgen podemos encontrar profesoras, monjas, enfermeras y poetisas, mientras que el tipo de la Emperatriz aparece más en luchadoras activas por la liberación de los derechos de la mujer. Algunas veces, la fuerza de su personalidad puede empujarnos de tal manera que nos encontremos trabajando más allá de nuestros límites.

Hay otro tipo de Emperatriz que puede echar a pique nuestra individualidad, sumergiéndola en las dulzonas aguas de su tentación inconsciente, por ejemplo: la rolliza y rubia Emperatriz que Waite nos muestra sentada en su carroza nos sugiere ese tipo de magia wagneriana... Casi podemos oír la música del Venusberg que surge del fondo del pozo para atraernos a él y ahogarnos dentro de su vientre. Esa tendencia a un amor asfixiante es algo que caracteriza al tipo de la Emperatriz más moderna y aparece en el prototipo de «la mamá». También puede aparecer en otras áreas donde el atractivo especial de esta mujer puede atraernos a su reino de una manera tan sutil que ni nos demos cuenta de lo que ha pasado.

La mujer-Emperatriz es algunas veces tan inconsciente de sus propios poderes como lo somos los demás. Le parece que todo el mundo debiera compartir de modo natural su entusiasmo. Dado que está bajo la influencia de Venus, esta mujer ama la belleza en todas sus formas y es a menudo ecléctica en sus gustos, capaz de combinar las cosas de manera interesante y nueva. Por ejemplo: ¿han observado el vestido floreado que escogió para posar en el retrato que le hicieron en la baraja inglesa de fin de siglo? ¿Lo reconocieron ya? Sí, es muy parecido a aquél que creó el famoso artista Sandro Boticelli. La Emperatriz se lo ha pedido prestado a una de las bailarinas de La Primavera.

En esta carta, Waite quiso poner de relieve de una manera especial las características de Ceres y de Venus. Omitió la cruz encima de la órbita, así como el águila dorada del espíritu; en vez de esto, coronó a su Emperatriz con una corona de estrellas. Esto la conecta con aquella figura del libro de la Revelación de la que se ha escrito: «Aparecerá una gran maravilla en el cielo: una mujer, vestida con el sol y con la luna a sus pies, tendrá sobre sí una corona de doce estrellas». La Madonna, como Reina de los Cielos, se pinta a menudo de esta manera, con corona y con la luna a sus pies. Desde su cumbre, la Emperatriz ilumina el cielo sintetizando así los poderes celestes: el sol, la luna y la gran rueda zodiacal. En sus aspectos más terrenales, la desenfundada fertilidad puede conducir al abandono y al estancamiento.

En la figura de Henry Moore (fig. 27) la Emperatriz se nos muestra más terrenal, pero con un aspecto tan dominante como la Gran Madre. Está recostada, descansando

mientras vigila su imperio, que es toda la naturaleza. Está relajada pero atenta al silencio y a los trabajos secretos que en él se realizan: al movimiento de la savia que asciende por las plantas, al ruido de la abertura de las pequeñas semillas enterradas. Oye la música de las corrientes subterráneas.

Pero la Gran Madre no es siempre la Buena Madre. En términos más generales, por su aspecto negativo y devorador, se la llama también la Madre Terrible. En los cuentos de hadas aparece como la reina malvada o la madrastra, que por celos retiene a Cenicienta para que ésta no pueda apartarse de la ceniza o de los fogones y encontrar al príncipe que la hará reina. En los mitos aparece como la madre que devora a sus propios hijos. La conocemos también como la cruel Madre Naturaleza, que busca poseer de nuevo toda la vida (y la civilización) para llevarla de nuevo a su vientre, de donde salió. Como terremoto, literalmente abre su vientre para tragarse a los hombres y lo que ellos crearon. Como volcán, derrama lava ardiente que sepulta ciudades enteras. Si observamos con atención podremos ver cómo trabaja también en nuestro jardín, cómo lo consigue su alma ambivalente: durante el día nos sonrío protegiendo y alimentando nuestras flores, y es de noche, mientras dormimos, cuando apresuradamente planta innumerables hierbajos que cuidará con igual solicitud y empeño. En relación con la cultura y los descubrimientos de la humanidad, es igualmente paradójica; fue ella quien nos proporcionó la inspiración creativa que hizo posible enviar ingenios al espacio, pero es también suya la fuerza de la gravedad que constantemente los atrae hacia su seno. Es, por cierto, una diosa celosa, y más cuando la curiosidad del hombre se dirige hacia una entidad femenina como es la luna.

Algunas veces se la ha representado como un dragón que vela por ese gran tesoro que es «la perla de gran valor». Como tal, representa el aspecto devorador y regresivo de la naturaleza inconsciente, que el Héroe (símbolo de la humanidad en busca de la conciencia) tiene que vencer para conseguir la perla de la sabiduría y así trascender la existencia meramente animal. Otro aspecto o representación de esta Madre Terrible que nos es familiar es Kali, la sanguinaria esposa del dios Shiva. Se la representa sosteniendo por los cabellos a la víctima humana que va a ser su próximo bocado, con la lengua roja fuera, como preludiando ya esa delicia (fig. 28). Este aspecto devorador de la diosa aparece en cuanto la mujer descuida su verdadero reino, que es el de la relación, y, sedienta de poder, se convierte en devoradora de hombres. Su fuerza ya no es el sutil poder del amor; se transforma en el ambicioso amor al poder.

A menudo, la transición del primer estadio al segundo es tan gradual que solamente se puede observar cuando ya ha sucedido; así, una mujer que ha sido víctima del impulso o la fuerza de su poder se encontrará separada de su centro interior sin darse cuenta de lo que le ha sucedido. Algo así ha podido sucederles a algunas de las militantes que luchan en el movimiento de liberación de la mujer y que, fascinadas por el poder, han perdido contacto con la «creatividad femenina» que se empeñan en defender. En el fondo de su ser, muchas mujeres, dentro o fuera de este movimiento, buscan realmente una igualdad pacífica y una relación creativa con el hombre más que un dominio sobre él. A pesar del dicho: «Haced el amor y no la guerra», el nuestro es un tiempo de terrible violencia y completamente irracional. En medio de la confusión general se oye el grito sediento de las devoradoras de hombres (las feministas) a través de todo el país. Parece como si la Emperatriz, a la cual hubieran denegado durante largo tiempo el ejercicio del poder, surgiera de las profundidades con el grito de la mujer desdeñada.

En la figura 29 podemos ver una ilustración moderna que satiriza esta situación. La «devoradora de hombres», en lugar de desarrollar su propia creatividad femenina para

ocupar dignamente el lugar que le corresponde al lado del rey Logos como co-regido-ra del lugar, maquina matarlo y usurpar así su trono.

Esta bruja, como Hécate, tiene muchas caras. Si la tratamos con educación nos mostrará su aspecto más civilizado. Después de todo, la mujer, así como su equivalente psicológica, el ánima, es todavía una criatura primitiva. Fue anteayer tan sólo cuando Eva, saliendo de su encierro como función de Adán, se erigió exponiéndose a las influencias culturales y a las oportunidades de destacar que habían sido hasta el momento privilegio del hombre. Comprensiblemente, en su búsqueda por su propia esencia, la mujer se nos va a presentar disfrazada de muchas maneras distintas. Como sucede con la Emperatriz Cleopatra (una de sus encarnaciones terrestres), «la edad no puede con ella, ni las modas enmohecen su infinita variedad...».

La «diversidad» y el capricho de la Emperatriz aparecen en el estudio realizado en el siglo XIX por Braun, un pionero en el arte de la fotografía (fig. 30). Podemos ver aquí a una mujer sentada, captada en su realidad, en su cuerpo y su sangre, cuya esencia, sin embargo, yace oculta. Paradójicamente, el marco de marfil y oro que muestra su ojo le sirve a la vez como máscara para ocultarse. Es la condesa Castiglione, descendiente sin duda del famoso hu-manista del Renacimiento Baltasar di Castiglione, cuyo libro *El cortesano* fue el modelo para la vida cortesana de aquel tiempo.

Es incuestionable que esta moderna cortesana tiene también sus cortejadores, en la gran tradición impuesta por su antecesor. Esa frívola y encantadora pose indica que quizá la misma condesa pudo convertirse en víctima de su propio encanto.

¿Quién es la Emperatriz? ¿Es diosa o bruja, madre devoradora o Madonna, mujer fatal o musa inspiradora? La respuesta probablemente es: todas ellas, (¿y qué mujer no lo es?). ¿Y qué hombre no tiene en el fondo de sí mismo un poderoso aspecto femenino acechando, a veces creativo a veces vengativo, compasivo un momento y celoso el próximo? Quizá, estudiando estas figuras, logremos llegar a una constatación más profunda de nuestros poderes y potencialidades, en nuestra propia e infinita variedad.